



21/04/1997

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CENA OFRECIDA EN SU HONOR POR EL PRESIDENTE CARLOS SAÚL MENEM

Buenos Aires, 21-04-97

Señor Presidente, señoras y señores

Permitidme ante todo expresar nuestra satisfacción por encontrarnos en esta espléndida y fraternal ciudad de Buenos Aires, así como nuestro más sincero agradecimiento por la amable y generosa hospitalidad que nos estáis dando desde que llegamos.

Creedme, sinceramente, que pocas cosas puede haber más gratas para un español que encontrarse aquí, en Buenos Aires. Y es que, después de hacer muchos kilómetros se tiene, sin embargo, la sensación de que, en cierta forma, no ha cambiado uno de país. Esta sensación se explica, quizás, con carácter general en el caso de todos los países hispanos, ya que, como decía Sarmiento, "nunca ví a hombres más parecidos ni pueblos que se parezcan más entre sí que los que hablan la lengua castellana".

Ese sentimiento de identidad común es aún más evidente cuando se trata de Argentina y de España.

Cuenta Arturo Capdevila, en su libro "Babel y el castellano", que una vez, viajando en tren por España, trabó conversación con un señor que, al advertir un acento diferente, no pudo evitar su curiosidad y le preguntó: "y diga usted, señor, si usted no me encuentra o considera indiscreto, ¿es usted extranjero?". Capdevila se quedó dudando, porque no se sentía suficientemente español pero tampoco se sentía suficientemente extranjero. Al fin, tras unos segundos de reflexión, contestó: "pongamos, si a usted le parece, que soy forastero".

Yo añadiría que los españoles que han estado una vez en Argentina --y yo he tenido la suerte de estar ya varias veces en Argentina-- ni siquiera tenemos la duda de Capdevila; no nos podemos sentir forasteros.

Es difícil, además, por otra parte, encontrar dos países que tengan una corriente de simpatía mutua tan evidente, quizás porque no es fácil encontrar dos países que tengan un entramado de relaciones tan complejo y tan estrecho. A ello ha contribuido, en primer lugar, la presencia en Argentina, de una muy numerosa colectividad española. En épocas muy difíciles para España, muchos españoles se vieron obligados a emigrar y encontraron, señor Presidente, que su país les recibió con los brazos abiertos y le dio oportunidad de prosperar. A cambio, creo que estos españoles no ahorraron esfuerzos y contribuyeron a engrandecer, con su trabajo, la gran Argentina que tan generosamente les había recibido.

En otra época, Argentina recibió también un importante número de intelectuales que se habían visto impulsados a salir de España por los avatares de la situación política interna de nuestro país. En el siempre triste camino del exilio, encontraron un público, un respeto humano y la posibilidad de continuar su forma de vida.

Ahora, afortunadamente, nuestras dos naciones han sido capaces de superar las dificultades y se encuentran en una etapa de democracia estable, de imperio de la Ley, de respeto a los derechos humanos y de desarrollo económico y social consolidado.

Los españoles que vienen ahora a su país, señor Presidente, lo hacen porque creen, como yo creo, en el futuro de esta nación, porque pueden desarrollar aquí su vocación y porque saben que van a sentirse en su casa.

En los últimos años, España apostó, de forma inequívoca, por el futuro de Argentina, y ahora vuelve a apostar. Prueba de ello ha sido la espectacular cifra de inversiones y la presencia de numerosos profesionales y hombres de negocios que, en estrecha colaboración con los argentinos, están desarrollando una valiosa labor, como también lo es la colectividad española tradicional que vive aquí. A ello ha contribuido decisivamente, señor Presidente, querido amigo, la decidida voluntad de su Gobierno, y especialmente la suya, de ordenar la vida económica argentina, de abrirla al mundo, de crear las condiciones favorables para infundir confianza y estabilidad, que son las reglas básicas que atraen las inversiones a un país.

Nuestras relaciones culturales también atraviesan por un momento espléndido. Los intercambios de profesores, intelectuales y artistas son numerosísimos, y el interés que mutuamente despiertan es evidente. En la reciente Feria de Arte ARCO, de Madrid, fue un gran éxito la presencia de artistas argentinos; mañana mismo yo participaré en vuestra Feria del Libro y en la inauguración de la colección que aquí ha traído el Instituto de Crédito Oficial.

En cuanto a la esfera internacional, nuestras coincidencias son también evidentes. Consolidada la democracia en nuestros dos países, creemos firmemente en la vigencia de los valores democráticos, en la libertad, en los derechos humanos, en el apoyo a un mundo en paz que, como vuestra iniciativa de los Cascos Blancos, España comprende, respalda, alienta y apoya. Desde luego, es prueba evidente de ello la participación de nuestros países en distintas operaciones de paz en las más diversas regiones del mundo.

Coincidimos también en la importancia que damos a las Cumbres Iberoamericanas, como un valioso instrumento de concertación política y de cooperación entre países hispanoamericanos. Argentina ha sido un socio fiel y activo desde el primer momento, y le solicito, señor Presidente, su renovada colaboración para el futuro y para el éxito de sucesivas Cumbres.

Ambos Gobiernos creen también en la necesidad de fomentar la integración regional, de la que son un claro exponente MERCOSUR y la Unión Europea. Coincidimos también en el empeño por acercar esos dos procesos en el marco del acuerdo interregional firmado en Madrid en diciembre de 1995.

Señor Presidente, señoras y señores,

España no se entiende a sí misma ni entiende a Europa sin América. Y podéis estar seguro, por tanto, de que mi Gobierno seguirá impulsando, como lo ha venido haciendo, el acercamiento entre MERCOSUR y la Unión Europea. Por ello, y entre otras iniciativas, con ocasión de la Cumbre Iberoamericana de Viña del Mar, el pasado mes de noviembre, sugerí la posibilidad de convocar una Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno entre los países de la Unión Europea e Iberoamérica.

Esta propuesta europea ha sido ya ampliamente aceptada a ambos lados del Atlántico y confío en que en un breve plazo de tiempo pueda hacerse realidad. Será una buena ocasión de hacer balance y reforzar los instrumentos de cooperación económica, de desarrollo cultural y de diálogo político. En fin, haremos cuanto esté en nuestra mano para que esta relación tan entrañable y prometedora entre nuestros dos países sea cada vez más estrecha.

Señor Presidente,

Esta mañana he tenido la oportunidad de hacer una apuesta con convicción y con entusiasmo por el futuro de la Argentina, y lo quiero volver a reiterar: España confía en la Argentina. Como tal, vamos a actuar en todos los órdenes de nuestra acción política. Además, creo que después de esta cena vamos a asistir a una presentación artística, que espero que no sea demasiado larga porque mañana hay que trabajar mucho y espera también, a su vez, una jornada, sin duda, muy dura.

Yo, a lo largo de estos días, en los que tengo la oportunidad de hacer tantos discursos y que uno tiene el miedo y el temor, a veces, de aburrir, de ser demasiado largo, incluso de hacerse pesado; yo, que no soy muy amigo de las citas, he citado algunos autores importantes: he citado a Borges, he citado a Mayea, he citado a Bioy Casares, con el cual he estado conversando esta misma tarde, he citado a Unamuno, he citado a Ortega o a Julián Marías.

La verdad, señor Presidente, es que, como español y como Jefe de Gobierno, en este acto, en el cual las palabras conviene no improvisarlas, porque siempre luego hay alguien que le saca punta --y supongo que le saca punta en contra de lo que uno ha dicho--, y hay que tener cuidado, yo decía: ¿y cómo las puedo terminar? Y ayer, cuando estábamos mano a mano en Olivos, hablando, entre otras cosas, de las cosas de Argentina, de las cosas de España, yo sentí el que, mano a mano, se hacen muchas cosas.

Las cosas del amor se suelen hablar mano a mano; conviene. Pero las cosas del deporte también se hacen mano a mano, sobre todo, cuando --los amantes que compartimos el amor del fútbol-- las jugadas importantes a veces son mano a mano. En los toros, que es fiesta española, las fiestas importantes son los mano a mano entre dos grandes toreros.

Y yo voy a pedir prestadas unas palabras de un argentino, de Gardel, en "Mano a Mano". Ustedes perdonen mi acento, pero intentaré hacer lo posible porque no resulte extravagante:

"Querido amigo, querido Presidente,

Si precisás una ayuda, si te hace falta un consejo, acordáte de este amigo que ha de jugarse el pellejo y ayudarte en lo que pueda cuando llegue la ocasión".

Muchas gracias.